

Soy Diana y realizo mi voluntariado en el **Kinder- und Jugendzentrum Weingarten**. Al principio, encontrar mi propio espacio fue un gran desafío, principalmente debido a la barrera del idioma. Aunque el inglés me ayudó mucho al comienzo, pronto resultó insuficiente. Las clases de alemán, integradas en mi horario laboral y durante los fines de semana, fueron fundamentales para avanzar. A medida que mi dominio del idioma mejoraba, también lo hacía mi desenvolvimiento y desempeño como voluntaria; hoy me siento plenamente integrada.

Dentro de mis funciones, realizo actividades creativas, juego con las y los niños y apoyo al personal en los diferentes grupos de trabajo: el de niñ@s, el de chicas y el de familias. Estar aquí ha sido una experiencia personal increíble. Tanto mis compañer@s de voluntariado como el equipo profesional han estado siempre dispuest@s a apoyarme cada vez que lo he necesitado.

Esta vivencia en Alemania me ha cambiado la vida; es lo primero que viene a mi mente al reflexionar sobre mi camino. He podido conocer de cerca el funcionamiento de centros juveniles, la metodología de trabajo de las y los trabajadores sociales con niñ@s y adolescentes, y el sistema de apoyo gubernamental. Además, he vivido un enriquecimiento cultural invaluable: los grupos en mi centro son diversos, con personas de países como Ucrania, Irán, Irak, Alemania, Perú, Brasil, etc. Es un espacio multicultural que funciona como una gran familia, donde tod@s nos comunicamos a través de una lengua común: el alemán.



Asimismo, esta estancia me ha llevado a reflexionar sobre los cambios que necesita mi país. Durante mi tiempo aquí, he seguido de cerca las crisis gubernamentales que persisten en Perú, pensando en las oportunidades negadas y los derechos vulnerados de mis compatriotas y de tant@s ciudadan@s del mundo que se ven obligad@s a migrar o escapar de la guerra.

Estar aquí también me ha permitido reflexionar sobre el racismo. Alemania aún enfrenta retos importantes en este ámbito y es un tema en el que su sociedad sigue trabajando o debería hacerlo con mayor énfasis. En el día a día, en nuestras actividades cotidianas, he podido percibir el desagrado con que algunas personas ven a l@s extranjeros: a través de miradas, comentarios o creencias.

A nivel personal, he tenido experiencias con personas alemanas que han sido difíciles. Por ejemplo, en tono aparentemente "divertido", me han dicho que en Perú "somos indios"; en otra ocasión, mientras subía al tranvía, un hombre comenzó a insultar a un grupo de mujeres del cual yo formaba parte diciéndonos que regresáramos a nuestros países. Estas situaciones, como mujer migrante, me generan mucha tristeza.

Considero que nadie está aquí porque un día simplemente despertó y decidió dejarlo todo su familia, su país y su idioma para venir a Alemania. Muchos migrantes llegan escapando de guerras que no buscaron, de la pobreza, la corrupción o la violencia; realidades alimentadas por dinámicas de poder y dominancia económica, política y cultural de algunas naciones sobre otras. Como mujer migrante, he conectado con historias similares: mujeres que intentan reconstruir un hogar porque las decisiones de sus gobernantes han sentenciado a sus propi@s ciudadan@s al sufrimiento.

Somos víctimas de un juego de poder histórico, una lucha de supremacías donde l@s líderes se disputan quién es más fuerte mientras financian la muerte. En este escenario de soberbia política, mientras l@s de arriba se pelean por el control, a l@s de abajo solo nos queda huir, resistir y buscar un lugar donde se nos permita, al fin, vivir con **dignidad**.

Al escribir esto, no puedo evitar volver a las páginas de "**Los gallinazos sin plumas**" de Julio Ramón Ribeyro. Yo misma he sido uno de ell@s en un sentido simbólico y material, mi destino parecía estar trazado por la precariedad de un sistema que consume la fuerza de los más vulnerables. Hoy, desde la distancia geográfica, observo con dolor cómo mi Tumbes sigue habitada por "gallinazos" modernos: ancianos y niños que fallecen a las puertas de hospitales colapsados, **donde la falta de dinero se convierte en una sentencia de muerte**, y familias que carecen de las condiciones más básicas de vida.

Existe una ironía trágica en esta comparación: mientras la clase política se disputa el poder con una voracidad carroñera, el pueblo sigue **hundido en el estancamiento de una crisis que parece no tener fondo**. Desde Europa, donde la abundancia parece normalizada, el contraste lacera la conciencia. La dignidad no debería ser un azar geográfico, sino un derecho humano universal.

No obstante, existe un matiz esperanzador. El contacto con las familias de acogida, con organizaciones como Color Esperanza y con los responsables del programa me ha confirmado el compromiso de muchos con la transformación social. Percibo, especialmente en las nuevas generaciones, un deseo auténtico de justicia; un espacio donde alemanes y peruanos trascendamos las fronteras nacionales para encontrarnos como seres humanos. Es una visión de personas con diversas historias y culturas conviviendo, finalmente, en armonía

Aunque al inicio fue difícil convivir con actitudes de rechazo hacia los extranjeros, con el tiempo he comprendido que las personas buenas son mayoría. Este intercambio multicultural me ha permitido conocer a personas de todo el mundo, escuchar sus realidades y conectar con otr@s migrantes bajo un sentimiento compartido: no estamos sol@s.

En mi opinión, este tipo de programas nos ayudan a romper patrones y a cuestionarnos a nosotr@s mism@s; nos permiten enseñar y, al mismo tiempo, aprender de l@s demás. También nos invitan a reflexionar sobre nuestra posición en el mundo y a reconocer que la justicia e igualdad aún es un objetivo lejano. Sin embargo, el cambio personal y su impacto a nivel familiar nos convierte en agentes de transformación para nuestras familias, amig@s y entorno. Ese pequeño cambio creo que puede marcar una diferencia y contribuir a construir un mundo cada vez más justo, donde personas de todas las etnias y orígenes nos miremos con igualdad y respeto.

Sigo en constante aprendizaje. Aunque ha sido una experiencia sumamente retadora, reconozco el privilegio de estar aquí, Me queda mucho por aprender y trabajar en mi transformación personal y profesional. Concluyo este informe recordando que, como diría Ciro Alegría, "el mundo es ancho y ajeno", pero a través de esta experiencia, lo siento un poco más propio.

Diana
VAMOS! 2025-26